

POLÍTICAS DE LA HISTORIA: ARGENTINA 1860-1960

Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian

Alianza Editorial, Buenos Aires, 2003, 270 páginas.

Marta Philp*

Resulta imprescindible el análisis de los problemas de la construcción de imágenes sociales del pasado, en la que por varios senderos participan los historiadores, a veces a su pesar¹. De esta manera, Alejandro Cattaruzza, uno de los autores de *Políticas de la historia*, sintetiza uno de los ejes centrales del texto: la construcción y difusión de las visiones del pasado y el lugar de los historiadores en dicho proceso ("a veces a su pesar"). El nombre del texto, que reúne artículos publicados por Cattaruzza y Eujanian, en sus versiones originales, a lo largo de casi diez años, expresa esta relación entre la política y la historia, entre la producción historiográfica y su puesta en escena en determinadas condiciones sociales y culturales. El libro se compone de tres partes; las dos primeras, a lo largo de cinco capítulos de autoría individual, ofrecen un seguimiento de la historia de la historiografía argentina desde sus comienzos hasta los tiempos del revisionismo.² La tercera parte está integrada por dos capítulos, uno de ellos, el capítulo seis, escrito por Cattaruzza, presenta la propuesta de un programa a cumplir en un terreno de investigación delineado por la historia de la historiografía; el último capítulo, de autoría compartida, muestra la puesta en escena de muchas de las ideas expresadas a lo largo del texto, ideas que pueden ser sintetizadas en un problema básico: el de los usos del pasado.³

Una hipótesis básica recorre cada uno de los siete capítulos: la consideración de la historiografía argentina como un objeto de estudio que no se reduce a la llamada historia profesional sino que involucra a otros productores de representaciones del pasado como hombres de letras, políticos, instituciones

* Escuela de Historia - CEA, UNC.

¹ Cattaruzza, A. y Eujanian, A., 2003: 187.

² La primera parte está integrada por los siguientes capítulos escritos por Alejandro Eujanian: "El surgimiento de la crítica"; "Paul Groussac y la crítica historiográfica" y "Método, objetividad y estilo en el proceso de institucionalización, 1910-1920". La segunda parte se compone de dos capítulos, producidos por Alejandro Cattaruzza: "La historia y la ambigua profesión de historiador en la Argentina de entreguerras" y "El revisionismo: itinerarios de cuatro décadas".

³ La tercera parte presenta los siguientes capítulos: Alejandro Cattaruzza: "Por una historia de la historia" y Alejandro Cattaruzza y Alejandro Eujanian: "Héroes patricios y gauchos rebeldes. Tradiciones en pugna".

estatales, entre otros. La política, bajo la forma de la relación con el aparato estatal y con los partidos, las intervenciones de los hombres de letras, las reinterpretaciones ensayadas por públicos amplios aparecen analizadas no como factores ajenos al proceso de profesionalización de la historia sino entramados con él. Desde una perspectiva que sitúa en un primer plano el análisis de las condiciones culturales y sociales que hicieron posible la producción de dichas representaciones, los problemas de la autoridad y el poder se convierten en los enlaces más visibles entre los procesos ocurridos en el seno de la disciplina y el "exterior", este enlace no es una anomalía sino un elemento constitutivo de la historiografía.

¿Dónde ubica Cattaruzza el problema central del texto que comparte con Eujanian? En el capítulo 6, titulado "Por una historia de la historia", expresión difundida en el reconocido texto de Le Goff, *Pensar la historia*, el autor discute los alcances de una especialidad, la historia de la historiografía, y las fronteras de su objeto de estudio. Regresa a los planteos clásicos realizados a comienzos del siglo XX por Benedetto Croce en *Teoría e historia de la historiografía*, donde la diferencia entre las "cosas hechas" (*res gestae*) y la "investigación-conocimiento sobre ellas" (*historia rerum gestarum*), se propuso en términos de historia/historiografía. Desde la perspectiva del filósofo italiano, la historia de la historiografía se hallaba muy próxima a la historia de las ideas. El autor plantea que la versión croceana, junto a la de Bernheim y Collingwood, conformaron la matriz a partir de la cual los historiadores hispanoamericanos comenzaron a acercarse a este campo de estudio en los años veinte. Bajo el supuesto de una continuidad cuya existencia se daba por cierta; desde un punto de inicio situado en el mundo griego, en la obra de Heródoto, la historia avanzaba hacia su profesionalización, lograda a fines del siglo XIX en el mundo europeo y a mediados del siglo XX en nuestro país, con el accionar de la Nueva Escuela Histórica, hito fundacional de la historia científica argentina. Así, esta perspectiva destacaba la continuidad de una actividad intelectual, desarrollada en sociedades y climas culturales tan diversos, dado que todos los que se dedicaran a ella compartirían una inquietud, la de conocer el pasado.

La revisión de las perspectivas clásicas le sirve al autor para marcar las debilidades de esta interpretación y para establecer su propuesta en torno a las fronteras de una historia de la historiografía que no se limite a una historia de los grandes estudiosos del pasado sino que contemple "frentes múltiples". Desde esta inquietud, rescata problemas que, en los últimos tiempos, pueden ubicarse en el campo de la historia de la historiografía. Dichos problemas serían: las condiciones de producción y la constitución del discurso acerca del pasado; la relación entre los productos de la historia profesional y el mercado de bienes culturales; la organización de los "lugares de la memoria colectiva"; las instituciones que impactan en la producción historiográfica y las conexiones que esas

instituciones sostienen con los demás sectores del mundo cultural y científico. Desde esta perspectiva, la historia de la historiografía puede comenzar a abarcar productos intelectuales, discursos, ideas, imágenes, instituciones, operaciones realizadas por el Estado a través de sus aparatos.

El autor discute diferentes aproximaciones a los problemas planteados por una historia de la historiografía. En primer lugar, se pregunta si existe en realidad un espacio historiográfico internacionalizado, destacando la perdurabilidad de las especificidades nacionales como la francesa (*Annales*), la inglesa (el marxismo culturalista), entre otras. Antes que el rescate de grandes tendencias que se expresan en la producción de los historiadores consagrados de un escenario internacional, la pregunta que le parece central se aproxima a la historia social y cultural y se ordena en torno a un tema básico: la producción, circulación, consumo y apropiación de los bienes simbólicos referidos al pasado y a las instituciones involucradas en esas actividades. Estos problemas sólo pueden dilucidarse si se trabaja con contextos nacionales o con áreas culturalmente consolidadas. Esta opción se hace bajo la pertinente aclaración de que la misma "no obedece a ninguna motivación provinciana; estamos convencidos de que la historia cultural y la historia de la historiografía argentina, por ejemplo, son absolutamente inexplicables si no se apela a sus relaciones con el ámbito internacional. Pero la búsqueda de conexiones presupone diferencias entre los distintos escenarios; muy diversas son las acciones que se deben desarrollar si se insiste en concebir espacios culturales casi universales".⁴ Otra de las aproximaciones se sitúa en el campo de las instituciones, los campos y los espacios profesionales. Citando a Bourdieu, Cattaruzza se pregunta si es pertinente concebir a las instituciones dedicadas a la investigación, enseñanza y difusión de la historia como un campo. A su vez, la invocación a Michel de Certeau y a su definición de la historia, en el sentido de historiografía, como una operación, como la relación entre un lugar, los procedimientos de análisis y la construcción de un texto, le sirve al autor para reafirmar su perspectiva analítica, centrada en la importancia de las condiciones sociales y culturales para comprender la construcción de las representaciones del pasado. En referencia al funcionamiento de las instituciones (por ejemplo, Academia Nacional de la Historia, Oxford, Harvard), destaca: "...lo peculiar de cada una de estas situaciones, el tipo de relaciones que se establece en cada caso con el poder, el significado político que establecen exclusiones y consagraciones, los enfrentamientos por la atribución de valoración positiva a determinada figura o período, hablan de manera particularmente clara no sólo de la disciplina sino de cuestiones políticas y culturales propias de una sociedad específica".⁵

⁴ Cattaruzza y Eujanian, 2003: 200-201.

⁵ Cattaruzza y Eujanian, 2003: 203.

La tercera aproximación la titula: "Historiadores e intelectuales; públicos y lectores". En la misma plantea las siguientes cuestiones: la construcción del discurso sobre el pasado, "científico" o no; la producción no erudita gestada por historiadores o por hombres de letras; la circulación, apropiación y traducción de las interpretaciones ofrecidas; el historiador como miembro del universo cultural; el mundo de los lectores; las prácticas. El historiador comparte con otros actores la tarea de descifrar el pasado, sin embargo, dice Cattaruzza es necesario explicar el desdibujamiento de su papel como intelectual que se ha producido a fines del siglo XX.

El capítulo cierra con la propuesta de un programa a cumplir, donde el material para la investigación contemple ordenanzas acerca de la instalación de monumentos, obras de ficción, películas, manuales escolares, ediciones de abstracts de congresos, revistas, documentos partidarios, estadísticas de venta de libros y de ingresantes a carreras de historia, planes de estudio y obras de la "alta historiografía". Todos estos materiales serán leídos, dice el autor, a través de una mirada que destaque los mecanismos de atribución de sentido a un proceso histórico por parte de un grupo social, la discusión que los miembros del mundo cultural y político sostenían acerca de la historia, las acciones que los grupos dominantes y el Estado ensayaban alrededor de los relatos sobre el pasado. Una mirada que se centre en las ideas pero también en las prácticas culturales y sus productos, en los sujetos colectivos que las ejecutan o las sufren. Los problemas enunciados constituirían los grandes procesos a indagar en el marco de una historia de la historia que contemple la construcción y difusión de las visiones del pasado, "los modos en que una sociedad intenta dar cuenta de su pasado, inventándolo, imaginándolo, investigándolo científicamente o aún aboliéndolo".⁶ Esta mirada ampliada puede ser un camino para contrarrestar la actitud de muchos historiadores profesionales, descripta hace ya años por el historiador italiano Momigliano, de la siguiente manera: "el hábito de tratar a la historia de la historiografía como un pasatiempo de domingo, del que alguien se ocupa cuando está agotado de los trabajos verdaderamente históricos y no tiene ya fuerzas suficientes para leer un libro, sino sólo para hojearlo".⁷ Muchas de las cuestiones que se plantean en *Políticas de la historia* constituyen una invitación para todos los historiadores que quieran reflexionar, desde sus propios territorios de investigación, acerca del lugar ocupado en la construcción de imágenes sociales del pasado.

⁶ Cattaruzza y Eujanian, 2003: 212.

⁷ Cattaruzza y Eujanian, 2003: 186-187.